

# Racionalidad de mercado versus racionalidad ecológica: Una crítica al mal llamado “pensamiento único” en economía y ciencias sociales

PABLO SANDOVAL CABRERA<sup>1</sup>

## Resumen

Desde sus orígenes la economía ortodoxa (o lo que Marx llamó economía “vulgar”) se ha esgrimido como una disciplina infalible y de validez universal. Al margen del contexto social, se asume que en todas las sociedades los individuos (agentes económicos) son perfectamente racionales, por lo que sus decisiones de consumo o producción son siempre y en todo lugar, inequívocamente maximizadoras. Dichas decisiones conducen a una asignación “eficiente” de los recursos a través del mecanismo de mercado, dando forma colectivamente a una especie de racionalidad de mercado. Sin embargo, hay otras racionalidades a partir de las cuales las sociedades construyen visiones del mundo distintas, presentando comportamientos que no responden a los principios establecidos por el utilitarismo individualista que pregonaba la economía convencional.

Los saberes dominantes desvinculados han demostrado su incapacidad para dar respuesta a los grandes retos que enfrenta la sociedad moderna, entre otros los relacionados con la pobreza que agobia a tres cuartas partes de la población mundial, el hambre, la exclusión social, la ascendencia del crimen, el cambio climático y la pérdida, al parecer irrefrenable, de recursos bióticos.

Ante esta reconocida incapacidad se demanda la integración de saberes alternativos, hasta ahora segregados por el pensamiento occidental y la llamada racionalidad instrumental-utilitarista, para dar lugar a nuevas visiones, con mayor capacidad explicativa, más incluyentes y diversos. De la alternancia epistémica resurge el saber

---

1. *Fecha de Recepción:* 21-jul-17 *Fecha de Aceptación:* 29-Ago-17

ambiental o racionalidad ambiental que se funda en valores que ponen en el centro del análisis al ser humano en su integralidad, en su diversidad y diferencias.

Bajo este marco de análisis, el objetivo de este trabajo de reflexión consiste en confrontar ambos tipos de racionalidad a partir del análisis de los principios y cosmovisiones que le dan estructura y sentido a cada una de ellas.

*Palabras clave:* economía ortodoxa, racionalidad de mercado, epistemologías, racionalidad ecológica.

*Clasificación JEL:* E23, L11, O13, P12, P28

## MARKET RATIONALITY VERSUS ECOLOGICAL RATIONALITY: A CRITIQUE OF THE SO-CALLED “UNIQUE THINKING” IN ECONOMICS AND SOCIAL SCIENCES

### **Abstract**

From its origins the orthodox economy (or what Marx called “vulgar” economy) has been used as an infallible discipline of universal validity. Regardless of the social context, it is assumed that in all societies individuals (economic agents) are perfectly rational, so their decisions of consumption or production are always and everywhere, unequivocally maximizing. Such decisions lead to an “efficient” allocation of resources through the market mechanism, collectively shaping a kind of market rationality. However, there are other rationalities from which societies construct different worldviews, presenting behaviors that do not respond to the principles established by the individualistic utilitarianism that conventional economy preaches.

Unrelated dominant knowledge has shown its inability to respond to the great challenges facing modern society, among others those related to poverty that overwhelms three quarters of the world population, hunger, social exclusion, the ancestry of crime, climate change and the seemingly irrepressible loss of biotic resources.

Faced with this recognized incapacity, the integration of alternative knowledge is demanded, until now segregated by Western thought and the so-called instrumental-utilitarian rationality, to give rise to new visions, with greater explanatory capacity, more inclusive and diverse. From the epistemic alternation, environmental knowledge or environmental rationality reappears, which is based on values that place the human being in its integrality, diversity and differences at the center of the analysis.

Under this framework of analysis, the objective of this reflection work is to confront both types of rationality from the analysis of the principles and cosmovisions that give structure and meaning to each one of them.

*Key Words:* Orthodox economy, market rationality, epistemologies, ecological rationality.

*JEL Classification:* E23, L11, O13, P12, P28

## **Introducción**

Desde sus orígenes la economía ortodoxa (o lo que Marx llamó economía “vulgar”) se ha esgrimido como una disciplina infalible, a prueba de error, y que además presume de una supuesta validez universal.

Al margen del contexto social, se asume que en todas las sociedades los individuos (agentes económicos) son perfectamente racionales, por lo que sus decisiones de consumo o producción son siempre y en todo lugar, inequívocamente maximizadoras.

La asunción de este supuesto permite inferir que el contexto social, político y cultural que evidentemente distingue a unas sociedades de otras, es irrelevante y no influye en las decisiones que los individuos toman. Es decir no existe ningún elemento de tipo axiológico, distinto al ímpetu maximizador, que pueda influir en las decisiones de consumo de los individuos.

Si las conductas son idénticas y la toma de decisiones es infalible, se concluye que estudiando el comportamiento individual es posible, y además válido, inferir las conductas de la colectividad. Por ejemplo las relativas a las decisiones de producción, venta y consumo de recursos que se concretizan en el mercado y que, de acuerdo a esta teoría, hacen posible que el mecanismo de precios funcione de manera espontánea y automática, garantizando el equilibrio entre oferta y demanda y, por tanto, la óptima asignación de los recursos en la economía, por naturaleza escasos.

La vigencia y dominio de esta visión de la economía y la sociedad, conocida como racionalidad de mercado o económica, ha tenido implicaciones sociales, económicas y ambientales, las mismas se reflejan en las grandes disparidades que en términos de ingresos, educación y salud, existen entre los países ricos y países pobres.

Lo cierto es que hay otras racionalidades a partir de las cuales las sociedades construyen visiones del mundo distintas, presentando comportamientos que no responden a los principios establecidos por el utilitarismo individualista que pregona la economía convencional.

Elguea (2008) realiza una crítica sustancial al modelo canónico (ortodoxo) de mercados perfectos al plantear la no generalización de sus principios maximizadores debido, entre otras cosas, al efecto que tienen en las conductas de los individuos los contextos cultural y social en los que viven (valores y creencias) y a la existencia de metapreferencias sustentadas en principios como la solidaridad, la cooperación y la búsqueda del bien común.

Los saberes dominantes desvinculados unos de otros por las llamadas disciplinas científicas, de corte positivista, han demostrado su incapacidad para dar respuesta a los grandes retos que enfrenta la sociedad moderna, entre otros los relacionados con la pobreza que agobia a tres cuartas partes de la población mundial, el hambre, la exclusión social, la ascendencia del crimen, el cambio climático y la pérdida, al parecer irrefrenable, de recursos bióticos.

Ante esta reconocida incapacidad se demanda la integración de saberes alternativos, hasta ahora segregados por el pensamiento occidental y la llamada racionalidad instrumental-utilitarista, para dar lugar a nuevas visiones, con mayor capacidad

explicativa, más incluyentes y diversos. Entre ellos se encuentran una gran cantidad de “epistemologías del sur”, de los colonizados, los saberes ancestrales hasta ahora sojuzgados por el mal llamado “pensamiento único”.

De la alternancia epistémica resurge el saber ambiental o racionalidad ambiental que se funda en valores que ponen en el centro del análisis al ser humano en su integralidad, en su diversidad y diferencias. Considerando el derecho a ser diferente como un valor irrenunciable frente al orden económico globalizado que establece como principio de pertenencia y existencia al consumo y a la acumulación material de riqueza: *consumo, luego existo* es la máxima identitaria de un capitalismo globalizado a punto del colapso.

En contraste, la racionalidad ambiental funda una nueva relación entre sujetos en donde la naturaleza es apreciada en sí misma por su valor de existencia y en donde el ser humano es parte esencial de ella y debe mantener una relación de pertenencia y no de dominio sobre la misma.

Bajo este marco de análisis, el objetivo de este trabajo de reflexión consiste en confrontar ambos tipos de racionalidad a partir del análisis de los principios y cosmovisiones que le dan estructura y sentido a cada una de ellas.

### **Racionalidad de mercado (o económica)**

Uno de los planteamientos originados en el pensamiento occidental desde la época del iluminismo, claramente representado por pensadores como Kant y Hegel, es la idea del hombre como especie superior, con capacidad para imponer su voluntad y dominio sobre otras formas de vida, debido a su raciocinio, atributo que otros seres vivos no poseen. La economía convencional, fiel a este principio, desde sus orígenes ha planteado como uno de sus supuestos nodales e irrenunciables en su elaboración teórica, la “perfecta” racionalidad de los agentes económicos, dícese de consumidores y productores, dando origen al llamado individualismo metodológico (Bustelo, 1999).

La ciencia económica ortodoxa recurre, en su elaboración teórica y visión del mundo económico, al supuesto como recurso epistemológico esencial. Fuentes-Berain (2003)<sup>2</sup> explica con nitidez las implicaciones que el uso de este artilugio tiene en la elaboración de conocimiento: “En el círculo del supuesto cada uno escoge su premisa fundamental y se explica el mundo a partir de ella”, el supuesto, desde una perspectiva netamente endogámica, alcanza “*ceteris paribus*” para comprender y explicar casi todo. No es importante, ni siquiera, el plantearse las preguntas adecuadas, porque el mundo neoclásico es perfecto por naturaleza.

El supuesto fundamental de racionalidad de los agentes económicos tiene profundas implicaciones. En principio, debido a este atributo, los agentes siempre asumen las mejores decisiones (óptimas) ante alternativas posibles en la elección, asignación

---

2. Prefacio a la edición mexicana del libro de Sarah Babb (2003). Proyecto México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo, FCE.

y utilización de los recursos, por conjetura, escasos. Este principio de racionalidad utilitarista, de origen decimonónico, es único y universal (principio canónico que sustenta la idea de pensamiento “único” en economía) y abre la posibilidad para predecir el comportamiento humano, como antesala para el diseño y aplicación de políticas económicas “a prueba de error”.

Cuatro premisas dan cuerpo a la teoría económica moderna neoclásica y definen sus alcances pero también sus notables limitaciones para explicar y predecir la dinámica económica (Elguea, 2008: 93):

- Todas las motivaciones humanas pueden reducirse a una jerarquía de preferencias única o universal;
- Todos los seres humanos actúan de forma tal que maximizan sus utilidades dentro de esta jerarquía de preferencias y considerando las limitaciones objetivas o las expectativas de estas limitaciones;
- Las expectativas respecto de estas limitaciones se elaboran a partir del uso racional de la información disponible, y
- A la larga, *se alcanza el equilibrio* (lo puesto en cursivas es nuestro) entre la oferta y la demanda en los distintos mercados y se logra, como consecuencia, la plena utilización de los recursos en la economía. El colorario del pleno empleo y pleno uso de todos los recursos productivos es una consecuencia natural del equilibrio entre oferta y demanda.

Esta particular forma de concebir la conducta económica del individuo por parte de la economía convencional, define el peculiar estilo de construir el conocimiento para explicar e intentar predecir la dinámica de la realidad, aunque paradójicamente nos aleje más de ella, especialmente cuando se pretenden explicar las realidades de los países atrasados sin reconocer que estructural, institucional, económica y culturalmente son distintos. Estas diferencias inducen a afirmar, no sin razón, que la teoría del desarrollo es por naturaleza anti neoclásica (Bustelo, 1999).

En un ensayo, breve pero contundente, el propio director del Departamento de Estudios Económicos del Fondo Monetario Internacional (FMI) reconoce los errores cometidos en el tratamiento de los problemas de los países en desarrollo, al asumir que las políticas de atención a los mismos pueden diseñarse basándose, tal como lo hacen los modelos convencionales, en el uso de la abstracción acompañada de una serie de supuestos irreales, entre ellos la existencia de contratos y mercados perfectos. Al respecto, señala que “si bien cierta abstracción es importante, una abstracción burda puede convertir un modelo en insustancial. Y para muchas situaciones, al menos en el mundo en desarrollo, el modelo de mercados completos dista mucho de la realidad y la utilidad” (Rajan, 2004: 56).

El mismo autor matiza lo que Sara Babb (2003) denomina el isomorfismo en el diseño de políticas económicas, “en lugar de analizar los efectos de instaurar contratos en un mundo donde todo funciona, sería preferible investigar los efectos de instaurar un contrato legítimo en un mundo donde nada funciona. Nuestro análisis estaría me-

por informado si supusiéramos la anarquía como punto de partida en lugar de suponer un mundo impoluto de contratos”. (Rajan: 2004, 57).

Asumir de manera doctrinaria la racionalidad económica y de mercado, responde, por supuesto, a intereses ideológicos y políticos e intenta encubrir las condiciones de desigualdad social (por cuestiones etarias, étnicas y/o de género) y económica (relación con los medios de producción, información disponible, condiciones iniciales, etc.) que definen los resultados del intercambio en los mercados, como consecuencia del encuentro de entes “perfectamente racionales” y por tal infalibles.

Entre las múltiples implicaciones, además de las antes señaladas, que este supuesto tiene, se encuentran las siguientes:

1. Dado que el mecanismo de mercado es perfecto, no se requiere la implementación de ningún otro, distinto al mismo, para asignar los recursos en la sociedad (por ejemplo: políticas activas, regulaciones, formas cooperativas, redes sociales, entre otras).
2. Se asume que la información está disponible y a un costo cero para todos los agentes económicos. Es decir, no existen asimetrías de información ya que sólo así es posible realizar elecciones óptimas para alcanzar asignaciones eficientes en la economía.
3. El principio de eficiencia (en sentido paretiano) derivado de la asignación y utilización óptima de los recursos, garantiza, en sí mismo, nulas externalidades negativas (desigualdad, pobreza, contaminación, depredación de recursos naturales).
4. Debido a que los agentes “perfectamente racionales”, como tomadores de decisiones maximizan su utilidad (o beneficio), los problemas de desigualdad, exclusión y pobreza técnicamente son imposibles o en todo caso, transitorios, debido a que el mecanismo de mercado los eliminará casi de manera automática.
5. En el mismo sentido, los agentes recibirán un beneficio equivalente a su productividad marginal, entendida como su capacidad para generar valor, con el agregado de que es técnicamente posible la sustitución entre los factores productivos
6. El principio de escases es el incentivo principal en la determinación de los precios (de bienes y servicios, salarios, tasa de interés, tipo de cambio) y en la asignación de recursos en la economía, bajo condiciones de libre competencia.
7. Las implicaciones de política económica que estos supuestos tienen son inmediatas:
  - a) Impulsar la liberalización económica y la apertura comercial.
  - b) Eliminar la participación del Estado en la economía mediante la reducción del gasto social y la inversión pública.
  - c) Eliminar cualquier obstáculo institucional que perturbe la libre negociación entre empleados y empleadores (Eliminar los sindicatos, cooperativas y organizaciones sociales con propósitos de mejora laboral, por ejemplo).
  - d) Garantizar la libre circulación de bienes, servicios y capitales. Por ejemplo, eliminando las fronteras entre Estados Nacionales y los instrumentos arancelarios o de otro tipo que generan barreras a la entrada y comerciales.
  - d) En términos ambientales, la propia naturaleza debe regirse bajo el principio de escasez, asumiendo que el libre juego de la oferta y la demanda determi-

nará los intercambios de bienes y servicios que la misma ofrece. En todo caso, resolviendo los problemas de propiedad, cuándo estos se presentan, es posible crear un mercado y establecer a partir de él, precios a los bienes y servicios que aporta la naturaleza para garantizar la correcta asignación de los mismos. Una implicación, aún más profunda, consiste en asumir que siendo la naturaleza en esencia un factor productivo más, este puede ser perfectamente sustituido por el capital (tecnología) o por trabajo. Desde esta perspectiva no hay razones para preocuparse por el deterioro ambiental, la contaminación, desgaste o degradación de los recursos naturales, sino más bien por garantizar condiciones de mercado, definiendo derechos de propiedad donde se requiera y creando mercados cuándo estos no existen, ya que así se asignaran eficientemente estos recursos.

8. No menos importante es el supuesto que acompaña al de racionalidad de los sujetos, que hace referencia a la capacidad de estos para determinar subjetivamente el valor de las cosas, como fundamento de su precio, independientemente del trabajo socialmente necesario para producirlas. Dicha valoración subjetiva deriva, en teoría, de la escasez del bien o servicio y determina, por consecuencia, su precio. La implicación más importante de este supuesto es la consideración de la soberanía del consumidor que a su vez da origen al “individualismo metodológico” en la investigación de los comportamientos económicos y sus consecuencias, por demás, predecibles debido a los supuestos aquí planteados.
9. En lo que respecta a la comprensión del comportamiento del otro agente, la empresa, los supuestos que explican el comportamiento del consumidor son utilizados en su explicación. Los empresarios, al ser perfectamente racionales, son maximizadoras de beneficios, de suyo eficientes (requisito necesario para evitar ser desplazadas por la competencia potencial) y venden a un precio igual a su costo marginal, sin obtener beneficios extra normales debido a la ausencia de poder de mercado. Las mismas actúan bajo condiciones de competencia, al ser eficientes y carecer de poder para determinar por sí solas el nivel de precios.

Desde esta perspectiva no existe poder de mercado y en caso de presentarse, este es transitorio gracias a la presión que ejerce la competencia potencial. De esta manera, el sistema de precios garantiza la óptima asignación de los recursos en la economía en condiciones de equilibrio entre oferta y demanda. La competencia se constituye en un mecanismo de selección natural en el que sobreviven los más aptos, (los más eficientes) siendo un “perfecto” mecanismo de asignación de los recursos en la economía. Para decirlo en palabras de J. Schumpeter (1996) la economía de mercado constituye un “proceso de destrucción creativa” en la que nuevas empresas más eficientes y comprometidas con la innovación van desplazando a las empresas menos eficientes y menos innovadoras.

En el seno de la propia teoría convencional, las consecuencias de un mundo perfecto son irrefutables y no dejan espacio a otro tipo de racionalidades que cuestionen la propia de mercado.

El pensamiento social moderno, típicamente occidental, en consonancia con el “pensamiento único” en economía, representado por la escuela ortodoxa-neoclásica, en todo caso da lugar a la emergencia de crisis económicas, sociales o ambientales, consideradas como consecuencias no previstas, pero reconociendo la innegable capacidad de las instituciones y de los sistemas expertos, que acompañan a estas, para controlarlas. Es decir “presupone la idea de que los peligros pueden ser menguados gracias al <buen funcionamiento> de las instituciones. Así, por ejemplo, según la modernización simple, la crisis ambiental como peligro puede ser controlada gracias a la acción efectiva de sistemas expertos creados para su contención, ingeniería ambiental, derecho ambiental, sin poner en peligro las señales simbólicas de crecimiento económico y desarrollo ambiental” (Franco: 2005, 37).

La eficiencia del mercado, se acompaña de instituciones de la sociedad moderna, igualmente eficientes, como garantes de su estabilidad, de tal forma que las crisis, del tipo que fuesen, serán contenidas casi de forma automática debido al correcto funcionamiento de las instituciones. En todo caso, si el funcionamiento del sistema se viera amenazado por perturbaciones “cuasi aleatorias”, es decir, no previstas, se cuenta con sistemas expertos creados *ex profeso* para contenerlas, con la encomienda de garantizar la estabilidad del sistema y la consecución de los objetivos nodales de crecimiento y expansión económica de largo plazo.

Gracias a los aportes de las instituciones y los sistemas expertos derivados de la revolución tecnológica e informática, la sostenibilidad y la equidad social son considerados como un proceso irreversible, tal y como lo plantea Franco (2005: 57) “Si al periodo histórico de la industrialización correspondió la lógica de la acumulación exponencial de carácter monopolista-trust, cartel, etc.- y su contraparte la degradación ambiental y la pobreza exponencial globales; al momento histórico de la revolución tecnológica e informática le corresponde la lógica de la sostenibilidad y su aporte: la equidad social, así como la protección ambiental y ese proceso es irreversible”.

No es claro si ello ocurrirá *ex post o ex ante* con relación a la probable catástrofe ecológica que se avecina, lo que sí es evidente es que, nuevamente, soluciones tecnológicas y de mercado son expuestas como condiciones suficientes y necesarias para garantizar el “buen” funcionamiento de las sociedades modernas y como mecanismo de solución de las “perturbaciones no esperadas” del sistema. La pobreza, la desigualdad, el cambio climático y sus efectos, etcétera, corresponden a esta categoría y son considerados como transitorios dada la eficiencia de las instituciones, el mercado y los sistemas expertos diseñados para corregirlos.

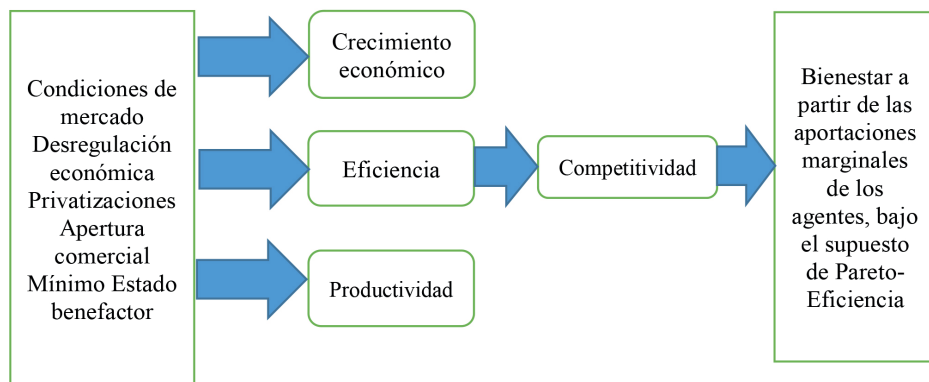
Las implicaciones prácticas de esta concepción del mundo económico y social son demasiado evidentes, como se muestra en la figura 1; se debe hacer lo “correcto” para alcanzar el crecimiento económico fincado en una mayor eficiencia y productividad, como condiciones necesarias y suficientes para lograr la competitividad y los mayores niveles de bienestar como efecto del funcionamiento “a prueba de error” del mercado y las instituciones. Para que ello sea posible es necesario eliminar cualquier obstáculo que impida el adecuado funcionamiento del mercado, para lo cual se deben instrumentar medidas que favorezcan la apertura comercial, la desregulación



económica, las privatizaciones y la reducción al “mínimo necesario” del Estado, con el menor gasto social y de inversión pública.

*Figura 1*

Lo que plantea la teoría económica ortodoxa



Fuente: Elaboración propia.

### **La crítica a la racionalidad de mercado y al modelo canónico de competencia perfecta**

Es preciso decir que la visión gestada en la teoría de la modernidad y en la escuela neoclásica en economía ha gozado, durante mucho tiempo, de una confortable posición en los círculos académicos y políticos debido principalmente a la crisis y descrédito que envolvió a las escuelas de pensamiento de corte marxista, después de la caída del bloque oriental, del mal llamado “socialismo real” y de la consecuente transición de los países de este bloque, hacia economías de mercado; así como por las crisis financieras y de deuda que sufrieron las economías occidentales durante el último cuarto del siglo XX y que pusieron en entredicho las políticas de gestión de la demanda, de inspiración keynesiana. A tal grado, que autores como Fukuyama (1992) se atrevieron a afirmar “el fin de la historia”, entendida como el fin de la lucha entre ideologías, dando paso al “pensamiento único” en ciencias sociales; lo que significa, desde la perspectiva de este personaje, la inevitable aceptación de que la única forma de organización social y económica, evidentemente viable, era el capitalismo, como expresión de la democracia liberal y de mercado

Esta visión del mundo ha permitido, desde la última década del siglo XX, articular un discurso dominante a pesar de las recurrentes crisis del sistema y de su demostrada incapacidad para generar más y mejores oportunidades de desarrollo, no solamente para los entonces marginados del “desarrollo” y del prometido progreso del mundo no industrializado, sino también para grandes grupos de población de los países “ri-

cos” que gradualmente fueron excluidos, social y económicamente, sin opciones de empleo, de ingresos y del disfrute material que los impulsores del capitalismo prometieron.

Ayer fue Japón, cuyo modelo de crecimiento y acumulación demostró su agotamiento desde inicios de la década de los noventa (con tasas de crecimiento cero o negativas, desde entonces), y hoy son los países de Europa Occidental y Norteamérica quienes sufren las consecuencias de la crisis del sistema, con niveles de deuda mayores a su Producto Interno Bruto (PIB) anual (España, Italia, Portugal, Grecia y Estados Unidos, por citar algunos), crecimiento nulo o decrecimiento de su economía, con tasas de desempleo que rebasan el 10% de su población demandante de empleo, caída en sus ingresos personales y en sus esquemas de seguridad social. El caso más ilustrativo es el español, con un nivel de desempleo que ha afectado al 25% de su Población Económicamente Activa.

A las crisis económicas (relacionadas con el agotamiento del modelo de acumulación y reproducción del sistema) que detonaron en algunas regiones del planeta (América Latina, Asia, Estados Unidos y Europa) desde los años setentas (del petróleo, deuda externa, de liquidez y financiera, hipotecaria, entre otras) se acompañó una severa crisis social y ambiental global que ha agudizado aún más los problemas de no crecimiento de la economía, de pobreza, de desempleo, de seguridad social, el incremento de la delincuencia y criminalidad, todo ello en un marco de debilitamiento y fracaso, en algunos casos, de las instituciones y estructuras de control existentes; manteniendo a muchos países y regiones en una situación de estabilización de la inviabilidad o definitivamente como entidades caóticas ingobernables (De Rivero, 2001).

Estamos hablando de sociedades en donde domina la anarquía, donde la cohesión social ha sido fracturada y no existen condiciones mínimas de gobernabilidad, generando un círculo vicioso de reproducción de la criminalidad, el fundamentalismo, el narcotráfico y la expulsión o exterminio de los grupos de población más vulnerables (países como Somalia, Siria, Libia, Nigeria y Haití y algunas regiones de México, Brasil, Honduras, Venezuela y Colombia, son claros ejemplos de ello).

Sin la pretensión de dibujar de forma exhaustiva la situación que guarda el mundo en términos de bienestar, bajo el predominio de las economías de mercado en un contexto de globalización y debilitamiento del estado-nación, es posible darnos cuenta de ella, a partir de indicadores clave elaborados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2012):

### **La insustentabilidad del mundo actual**

- Más de 1,000 millones de seres humanos viven con menos de un dólar al día y cerca de 4,000 millones con menos de dos dólares al día.
- 448 millones de niños sufren insuficiencia ponderal.
- 20% de la población mundial detenta el 90% de las riquezas, en tanto el 20% más pobre detenta sólo el 1% de la riqueza.
- El 20% más rico gana 74 veces más que el 20% más pobre.

- Un niño de cada cinco no tiene acceso a la educación primaria.
- Sólo el 5% de la población mundial tiene acceso a internet
- 80% de los refugiados son mujeres y niños
- Las mujeres ganan 25% menos que los hombres a competencias iguales.
- 876 millones de adultos, que representan el 15% de la población mundial, son analfabetos, de los cuales dos tercios son mujeres
- Cada día, 30,000 niños de menos de 5 años mueren de enfermedades que hubieran podido ser evitadas
- En los países en desarrollo, más de un niño de cada diez no llegará a cumplir los 5 años.
- Más de 500 000 mujeres mueren cada año durante el embarazo o en el parto.
- Hoy en día, 42 millones de personas viven con el virus del SIDA, de las cuales 39 millones viven en países en desarrollo.
- 14% de la población no tiene derecho a una atención sanitaria básica.
- 13% de la población, la mayoría de ellos de países en desarrollo, tienen una esperanza de vida que no rebaza los 40 años, esto quiere decir que un adulto de un país pobre vivirá la mitad de lo que vive un adulto de un país rico, en promedio.
- El VIH/sida es la principal causa de fallecimiento en África subsahariana.
- Al horizonte del 2020, algunos países africanos podrían perder más de una cuarta parte de su población activa por causa del SIDA.
- 17% de la población mundial no dispone de una vivienda digna y 33% no dispone de electricidad.
- El 20% de la población más rica, dispone del 74% de las líneas telefónicas.
- Sólo el 24% de las personas disponen de un televisor.
- A escala mundial la presencia media de mujeres en los gobiernos es del 7% y en los parlamentos de sólo 12%
- Más de 1,000 millones de personas no tienen acceso a agua salubre
- En África subsahariana, cerca de la mitad de la población no tiene acceso al agua potable.
- 2,400 millones de personas se ven privadas de instalaciones sanitarias satisfactorias.
- En África subsahariana, una persona de cada tres sufre hambre crónica.
- En el presente siglo, el 12% de los mamíferos, el 11% de las aves y el 4% de los peces y reptiles están en peligro de extinción!

Fuente: PNUD, Programa de las naciones unidad para el desarrollo.

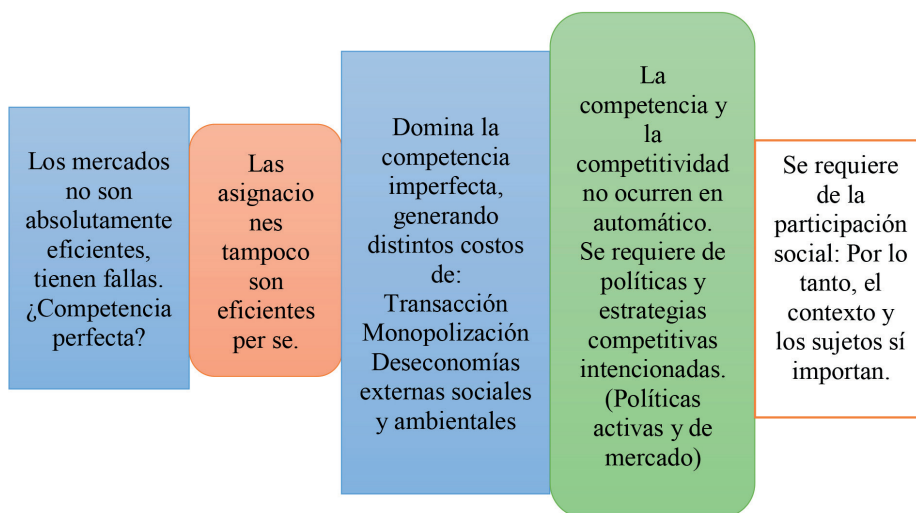
La realidad que se dibuja en el escenario global ralla en el dramatismo y pareciera ser cada vez más crítica. La desigual distribución de los recursos entre países, regiones y entre cada grupo social en cada país y región, va definiendo un mundo evidentemente no sostenible en el mediano y largo plazo.

La pobreza y el hambre como reflejo de la apropiación inequitativa de recursos vitales como el agua y los alimentos, la ausencia de condiciones sanitarias mínimas, el no acceso a las tecnologías de la información y la comunicación y de las “mieles” del

progreso científico tecnológico en general, por parte de una mayoría de habitantes del planeta, da cuenta de un mundo conformado por una minoría de ricos, cada vez más ricos, frente a un creciente y mayoritario número de pobres.

Los efectos de un mundo desigual se reflejan, entre otras formas, en una contrastante disparidad en el acceso a servicios de salud, educación, infraestructura social, empleo e ingresos, repercutiendo en notables diferencias en la calidad de vida y la esperanza de vida al nacer entre un habitante promedio de uno y otro de los hemisferios. El contraste es más que notable en este último indicador. Mientras que en algunos países de África Subsahariana apenas alcanza los 40 años, en países del hemisferio Norte, como Japón, Estados Unidos o Canadá ronda los ochenta años.

Figura 2  
La realidad versus la teoría



Fuente: Elaboración propia.

Ante esta impactante realidad, se exigen formas de pensar y de concebir el mundo, distintas a la dominante. Queda claro que el modelo de competencia perfecta, de asignaciones eficientes y óptimas, dista mucho de la realidad en que vivimos. Impera un entorno que demuestra que:

- El bienestar no llega en automático.
- No bastan las soluciones tecnológicas y/o de mercado.
- En muchos de los casos se observa una pérdida neta de bienestar al ritmo en que se implementan políticas de corte liberal.

Por ello, además de ser un asunto que exige mayor eficiencia de los mercados, acceso a la ciencia y la tecnología, para alcanzar niveles de equidad y bienestar aceptables, se requiere:

- Un serio compromiso ético-ambiental
- Condiciones institucionales y de participación social que garanticen mejoras sustanciales en la calidad de vida.
- Crear nuevas formas de organización social o impulsar las existentes, como redes de cooperación, organizaciones comunitarias diversas fincadas no en el afán de lucro o ganancia, sino en la solidaridad, la cooperación, el bien común y el beneficio mutuo.
- Necesariamente se debe dar apertura a formas de pensar el mundo social, económico y natural fincados en valores de no mercado, de solidaridad, existencia, tolerancia e inclusión.

Para acercarnos a estos propósitos, primero se deben exponer las debilidades epistémicas del modelo canónico, como paso previo en la elaboración de modelos distintos.

Elguea (2008: 100-101) asume esta tarea al especificar las principales dificultades que afronta el modelo “canónico” de comportamiento del llamado *homo economicus* para sostenerse empíricamente:

- “Las elecciones individuales no pueden ser racionales para la gran mayoría de las personas, al menos en el sentido limitado y canónico de maximización de utilidades”.
- No considera el papel que juegan los sistemas de creencias y de representación del mundo que influyen, de distinta forma, en cada grupo social al momento en que definen sus elecciones.
- El creer que el “tonto racional” (como lo denomina Amartya Sen) responde de manera repetitiva al momento en que define sus preferencias “sin distinguir entre cuestiones como el bienestar personal, los intereses privados, las metas de corto y largo plazos o los valores individuales incluidos los valores sobre los valores o metapreferencias”, implica poner al *homo economicus* por encima del *homo sapiens sapiens*.

A pesar de esta especie de “fe ciega” en el funcionamiento del sistema y en su capacidad de autocorrección, la realidad del mundo, marcada por la recurrencia de fenómenos funcionalmente entrelazados como el desempleo, la pobreza, el cambio climático, la degradación ambiental, la incidencia de enfermedades, muchas de ellas curables; la inestabilidad política, el incremento de la criminalidad, los conflictos bélicos, la corrupción, la violación de los derechos humanos, etcétera; parecieran no ser perturbaciones aleatorias, no esperadas, que en contrapartida han puesto en entredicho las “bondades morales” del sistema y su capacidad para autocorregirse

Hoy, dichos problemas muestran tener un origen estructural y de largo alcance y rebasan las capacidades de lo instituido por el propio sistema para autocorregirse y auto reproducirse, más allá de las perturbaciones que tienen un origen endógeno y

representan una severa crisis del modelo de desarrollo inspirado en los principios que dieron origen al capitalismo occidental desde la época del iluminismo.

Leff (2012: 22) al referirse al significado de la crisis ambiental, lo explica de manera elocuente, al afirmar que “la crisis ambiental no es otra cosa que la crisis de ese proceso histórico que fundó un pensamiento que ha construido al mundo a través de teorías que, más que reflejar una realidad fáctica, modelan al mundo, lo construyen a su imagen y semejanza. Y la economía es la culminación de esa ficción de la ciencia moderna, al gestar un principio –el mercado- que transforma a la naturaleza y al hombre según los dictados de sus leyes ciegas y sus falsos equilibrios; que construye al *homo economicus* como la manifestación del más alto grado de racionalidad del ser, y que se confirma ajustando los comportamientos y deseos del hombre a los designios de la ley abstracta y totalitaria del mercado”. Y agrega, “el mercado se ha impuesto como una forma insalvable de vivir la vida, como una ley suprema ante la cual parece un total despropósito imaginar su *desconstrucción*, incluso ante las evidencias de sus efectos en la degradación ecológica y social”

El conjunto de saberes, atomizados y aislados, unos de otros, por la visión positivista del conocimiento, se desvinculo de los saberes culturales acumulados por milenios, estableciendo el estatus de conocimiento científico y exclusivamente válido, a aquel que se elaboraba a partir de los cánones trazados por la racionalidad técnica-instrumental-utilitarista inspirada en el pensamiento occidental moderno, surgido en el iluminismo europeo.

Ante la incapacidad para dar respuesta, por parte de los saberes “legítimos”, a los desafíos que representa la complejidad del mundo moderno, la exigencia de la conformación de nuevas visiones y marcos explicativos con mayor capacidad comprensiva, más incluyentes y diversos, nos remiten necesariamente al rescate del conjunto de saberes antes invalidados por el positivismo.

De entre ellos resurge el saber ambiental, el que en principio, “se hace (...) solidario de una política del ser, de la diversidad y de la diferencia. Esta política se funda en el derecho a ser diferente, el derecho a la autonomía, a su defensa frente al orden económico-ecológico globalizado, su unidad dominadora y su igualdad inequitativa.” (ibíd: 188)

El saber ambiental, de acuerdo a Leff (ibíd: 190-193), se finca en una pedagogía orientada por los siguientes principios conceptuales:

- “El ambiente no es sólo el mundo de afuera, el entorno del ser (...). El ambiente es un saber sobre la naturaleza externalizada, sobre las identidades desterritorializadas; sobre lo real negado y los saberes subyugados (...) no sólo es un objeto complejo, sino que está integrado por las identidades múltiples que configuran una nueva racionalidad que acoge diferentes racionalidades culturales y que abre diferentes mundos de vida.
- El saber ambiental se inscribe en el terreno del poder que atraviesa todo saber, del ser que sostiene todo saber y del saber que configura toda identidad. El saber ambiental construye estrategias de reapropiación del mundo y de la naturaleza.

- La construcción del saber ambiental implica una desconstrucción del conocimiento disciplinario, simplificador, unitario. Es un debate permanente frente a categorías conceptuales y formas de entendimiento del mundo que han fraguado en formas del ser y del conocer moldeados por un pensamiento unidimensional que ha reducido la complejidad para ajustarla a una racionalidad de la modernidad que remite a una voluntad de unidad, de eficacia, de homogeneidad y globalización. Es la negación de certezas insustentables y la aventura en la construcción de nuevos sentidos del ser.
- La complejidad ambiental emerge de la relación entre lo real y lo simbólico; es un proceso de relaciones ónticas, ontológicas y epistemológicas; de hibridaciones de la naturaleza, la tecnología y la cultura; es sobre todo la emergencia de un pensamiento complejo que aprehende lo real que se complejiza por la intervención del conocimiento (...) es un pensamiento que se abre hacia un saber de la vida y una ética de la otredad.
- La complejidad ambiental desborda el campo de las relaciones de interdisciplinariedad entre paradigmas científicos hacia un diálogo de saberes, que implica un diálogo entre seres diferentes (...) configura una globalidad alternativa, como confluencia y convivencia de mundos de vida en permanente proceso de diversificación y diferenciación.
- El pensamiento de la complejidad ambiental lleva (...) a comprender el mundo en las vías del ser con la naturaleza, y del ser con el otro y con lo otro, desbordando la condición de conocimiento entre el concepto y lo real hacia un diálogo de saberes.
- La complejidad ambiental se abre hacia un re-conocimiento del mundo desde la ley límite de la naturaleza (entropía) y de la ley límite de la cultura (finitud de la existencia) (...) se construye y se aprende en un proceso dialógico, en un diálogo de saberes, en la hibridación de la ciencia, la tecnología y los saberes populares.
- El saber ambiental integra el conocimiento del límite y el sentido de la existencia.
- La pedagogía ambiental es aprender a convivir con lo otro, con lo que no es internalizable (neutralizable) por uno mismo”.

El conjunto de saberes a que da lugar la racionalidad ambiental, se presentan como una alternativa proactiva para dar respuesta a las constantes perturbaciones (crisis) del sistema de economía de mercado. Constituyen, de hecho, una vía de reflexión para repensar la pertinencia y viabilidad del sistema dominante al plantear un modelo de desarrollo fincado en la justa relación entre distintas formaciones socioculturales, ecosistemas y los valores que sustentan el eco desarrollo.

El componente esencial del nuevo modelo, parte de la relación sinérgica y funcional “entre ética (constricciones naturales, sociales) y práctica (eco desarrollo y eco tecnología) (Brand,1996: 82), pero va más allá al destacar la relevancia que significa dar voz y reconocimiento a la otredad, a los excluidos del progreso, que son vistos como extraños, como diferentes, pretendiendo superar el restrictivo marco que impone la racionalidad económica y de mercado, cuya implicación más importante es

su propio cuestionamiento como institución infalible; “rompe con el valor unitario de la crematística del valor de mercado al abrirse hacia una política de la diferencia, entendida como una pluralidad de racionalidades e identidades, desde las cuáles se reconoce y valoriza a la naturaleza desde códigos culturales diversos” (Leff, 2012: 23)

Contrario al individualismo metodológico a que da lugar la racionalidad económica, la racionalidad ambiental y el conjunto de saberes que la integran, considera la inclusión y reconocimiento de la otredad, de visiones del mundo alternativas en la explicación de la realidad y en el debate político y social, renunciando a la “sujeción o creencia de que sólo se ha de sobrevivir como se pueda, abandonando utopías y viviendo el momento para uno mismo, no para los predecesores ni para los sucesores. De ahí la cada vez más frecuente emergencia de actitudes contaminantes y destructoras del entorno, sin una conciencia clara de lo que se hace” (Berriain, 1996: 209)

## **Conclusiones**

Las alternativas para superar la crisis estructural, ética y epistémica del sistema de sociedad de mercado (modelo occidental de organización social) no son tan claras, pero parecieran dirigirse a la constitución de visiones diversas e integrales del mundo social, económico, tecnológico y natural, en su constante interacción, para posibilitar la elaboración de modelos contrastados de organización social y económica, inspirados en otros saberes y culturas y en formas de relación inter sujetos y con el entorno natural distintos a los aceptados por la racionalidad instrumental, en la perspectiva de ampliar las opciones para la asignación y disfrute de los recursos a partir de criterios éticos y de existencia, de equidad intra y transgeneracional, de inclusión y, por tal, de sustentabilidad.

Para lograrlo, se exige la apertura a otras formas de pensar y aprehender la realidad, que desbordan y superan lo instituido al poner en entredicho los saberes dominantes, su supuesta universalidad, su “incuestionable” capacidad explicativa y predictiva, así como su autoridad moral para imponerse cómo la única forma de pensamiento válida. Sobra decir, que todas estas supuestas virtudes devienen en una pretensión, no explícita, por defender intereses políticos, económicos e ideológicos de quienes han sido los beneficiarios del modelo económico dominante, a costa de la pobreza y exclusión de más de la mitad de la población que habita el planeta.

Por ello adquiere sentido el llamado que hacen autores como Leff (2012), Berriain (1996), O'Connor (2000) y Castoriadis (1975) entre otros, para desconstruir la realidad del capitalismo, para hacer visible lo que subyace en sus “entrañas” pero permanece encubierto por una compleja superestructura política e ideológica, que difunde lecturas de la realidad en las que se confunde lo real con lo simbólico, lo imaginario con lo instituido, lo abstracto con lo concreto, lo superficial con lo subyacente-esencial. Esta superestructura se entiende sólo cuando es develada en un ejercicio de deconstrucción (redescubrimiento) de lo real-objetivo.

Sólo de esa forma es posible entender que los mecanismos de funcionamiento y reproducción del sistema capitalista se fincan en la explotación del trabajo por el



capital en un doble sentido, en su relación directa en el proceso productivo y en un sentido indirecto a través de la degradación de la naturaleza, dando origen a relaciones de explotación que responden a una estructura de poder definida a partir de la participación que cada grupo social tiene con respecto a los medios de producción. La diferenciación socio estructural (de clase), que surge de estas relaciones, propia de la sociedad capitalista, trae como consecuencia, de acuerdo con Beriain (1996: 219), dos efectos: “de un lado la emergencia de relaciones de poder y desigualdad social, y de otro, la imposibilidad de tener una auto comprensión unitaria del todo (crisis de sentido)” en una especie de extravío epistemológico que solamente nos permite ver de manera superficial una realidad atomizada, fragmentada, inducida e incluso subjetivada y condicionada por la propia clase dominante.

Bajo los principios de apertura a la diferencia, a otras visiones del mundo y a otras culturas en un marco de inclusión y a partir de una relación dialógica, es como deben construirse nuevos conceptos de una nueva sociedad que ofrezca opciones de participación en la globalización, en condiciones de mayor equidad.

En el contexto de este nuevo marco de reflexión, algunos postulados de la economía convencional, considerados como irrenunciables, deben ser objeto de reflexión crítica para dar lugar a nuevas formas de concebir el mundo de la economía y de la sociedad en su conjunto. Uno de estos, se refiere a la propia noción de crecimiento económico, asociado fuertemente con la idea de progreso que ha acompañado la emergencia y evolución del capitalismo desde sus orígenes. Hoy se plantea en muchos círculos académicos y políticos la pregunta de ¿si tiene sentido crecer en la forma y con los altísimos costos ambientales y sociales en que lo hacemos?

Este es, sin duda, uno de los grandes retos intelectuales que deben afrontarse en el arduo camino de construcción de una nueva sociedad.

### **Material bibliográfico y hemerográfico**

- Babb, S. (2003). Proyecto México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo, FCE.
- Bustelo, P. (1999). Teorías contemporáneas del desarrollo económico. 1ª reimpression, Editorial síntesis, Madrid, España
- Elguea, J. (2008). Razón y desarrollo. El Colegio de México, México D.F.
- Rajan, R. (2004). ¿Supongamos la anarquía? Por qué un modelo económico ortodoxo puede no constituir la mejor guía en materia de políticas. Finanzas y desarrollo, Septiembre.
- Schumpeter, J.A. (1996). Capitalismo, socialismo y democracia. Ed. Folio, Biblioteca de Economía, Barcelona, España.
- Franco, Vargas R. (2005). La sostenibilidad, una postura autocrítica de la sociedad industrial. Investigación y desarrollo 13(01), Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia. pp. 32-59
- De Rivero, O. (2001). El mito del desarrollo. FCE, México.

- Nordhaus, W. D and Kokkelenberg E. (Editors) (1999). *Nature's Numbers*. National Academy Press, Washintong, D.C.
- Leff, E. (2012). *Discursos sustentables*. 1ª reimpresión, México D.F. Siglo XXI editores.
- Leff, E (1986). *Ecología y Capital*. Siglo XXI editores, 1ra. Edición, México D.F.
- Brand, P. Ch. (1996). *La sensibilidad ambiental en la condición postmoderna*. Extensión cultural, No. 36, U. N, Medellín Colombia.
- Beriain, J. (1996). *Integración en las sociedades modernas*. Anthropos, Barcelona, España.
- Bauman, S. (2013). *La globalización: Consecuencias humanas*. 7ma. Reimpresión, México D.F.
- O'Connor, J. (2000). ¿Es posible el capitalismo sostenible? *Papeles de Población*, 6(24) abril-junio, Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, México
- Castoriadis C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets editores, Buenos Aires, Argentina.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. 1ª edición, Planeta, México D.F
- Vilas, Carlos M. (1999). *Seis ideas falsas sobre la globalización: argumentos desde América Latina para refutar una ideología*: En Saxe-Fernández, J. (Coord.) (1999). *Globalización: crítica a un paradigma*. UNAM/Instituto de Investigaciones Económicas/DGAPA/Plaza y Janés. 1ra. Edición, México D.F.